

Cultura y territorialidad en la ocupación de un mismo espacio: México-Tenochtitlan y la Ciudad de México en el siglo XVI

Federico Fernández Christlieb y Gustavo Garza Merodio

Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México

Manuscrito recibido: Noviembre 4, 2010
Artículo aceptado: Enero 18, 2011

Abstract

La Ciudad de México, fundada por los españoles después de la conquista para dar una capital a la Nueva España, fue levantada sobre las ruinas de México-Tenochtitlan, que había sido el centro urbano más importante del imperio mexica. A pesar de esta coincidencia topográfica y política, las dos fundaciones difieren en la definición de su entorno. En este artículo abordamos el estudio de esa diferencia mediante el análisis del papel que jugaron para la urbe indígena los cerros de la cuenca de México. Para ello echamos mano del mapa de Uppsala, pintado a mediados del siglo XVI. Esta definición amplia que comprendía rasgos del paisaje aparentemente lejanos, se perdió al momento de la refundación española para la cual el territorio de la ciudad comprendía un casco urbano que daba la espalda al entorno lacustre y rural.

Palabras clave: cultura – territorio – urbanismo – México-Tenochtitlan – Ciudad de México – siglo XVI.

Las fundaciones de la ciudad indígena de México-Tenochtitlan primero, y de la capital del virreinato de la Nueva España después, coinciden en el sitio donde se establecieron. Sin embargo difieren en la manera en que perciben su entorno, construyen su paisaje y organizan

su territorio: mientras que la ciudad española se circunscribe fundamentalmente al ámbito urbano, es decir, al núcleo material construido en piedra y madera, la ciudad prehispánica se definía a sí misma en una escala más amplia en la que el relieve montañoso que circunda a los lagos, sobre los que fue fundada, jugaba un papel fundamental al tiempo que la armonía de la ciudad con el cosmos pasaba por la sacralización de ciertas elevaciones. Sin éstas, la ciudad indígena no existía. De hecho, es necesario recordar que el término náhuatl que denotaba un asentamiento principal con una compleja estructura política y un territorio propio era *altepetl*, palabra que literalmente significa “agua-montaña” (Licate 1980: 27; Carrasco 1996: 27; Lockhart 1999: 27). Estos dos elementos del paisaje, el agua y la montaña, son condición para que el *altepetl*, cualquiera que sea su tamaño, tenga sentido (Fernández y García 2006).

Para explicar la diferencia geográfica entre el *altepetl* de México-Tenochtitlan y la Ciudad de México concebida por los europeos, es necesario recordar la historia de ambas fundaciones (Romero Galván 1999: 13-32). En este trabajo revisaremos la organización espacial de los elementos urbanos tanto de la concepción mesoamericana como de la europea, tratando de establecer en qué medida coexistieron y se mestizaron. De igual forma, será importante imaginar el medio en el que fueron asentadas ambas ciudades: la ciudad indígena, sustentada por un complejo sistema hidráulico ideado por los mexica, se asentó sobre el cieno y un par de islotes en medio del lago más bajo y salado de la cuenca de México. La ciudad española se levantó sobre las ruinas de la anterior, con un lago que les era ajeno y un sistema hidráulico entorpecido que comenzó de inmediato a mostrar signos de agotamiento.

El análisis de estos dos espacios urbanos se puede realizar por varios métodos complementarios. Mediante el estudio de la cartografía y fotografía aérea generada recientemente podemos observar, pese a la urbanización decimonónica y contemporánea, las formas del relieve y los cauces principales. Asimismo, perspectivas obtenidas desde segmentos superiores de la cuenca sobre la línea divisoria de aguas o parteaguas pueden complementar el análisis. En cuanto a material cartográfico histórico, nos basamos fundamentalmente en una pintura realizada a mediados del siglo XVI por una mano indígena ya con un estilo bastante mestizado (Aguilera y León Portilla 1986): se trata del llamado “Mapa de Uppsala”.

La fundación y la definición de México-Tenochtitlan

En la tradición mesoamericana, los pueblos fundaban sus asentamientos mediante una serie de ritos asociados al origen mítico del que provenían (García Zambrano 2006). En este caso, los mexica se decían originarios de Aztlan, una región lacustre en cuyo centro había una montaña (Culhuacan o Culhuacatepec) con siete cuevas (Chicomoztoc) de las que ellos habían emergido (Bernal García 2001). Desde Aztlan, los aztecas serían guiados por su deidad primordial (Huitzilopochtli) hasta encontrar la tierra donde habrían de establecerse, crecer y adquirir poder y prestigio (Heiden 1998: 43-62). El sitio elegido fue señalado por un águila posada sobre un nopal saliente en medio del agua: se trató nuevamente de un espacio lacustre al que como sede política denominaron México-Tenochtitlan (López Austin 1994: 59-68). Ahí construyeron, entre el año de la fundación más aceptado (c.1325) y el principio del siglo XVI, diversos edificios ceremoniales localizándose la gran parte de ellos al interior de un recinto bien delimitado en el que había igualmente una serie de plazas de distintos tamaños. La ciudad de Tenochtitlan, como toda ciudad mesoamericana, era un microcosmos que representaba al universo por ellos concebido. En esta visión del mundo, la dualidad era omnipresente, en términos urbano-territoriales a tal grado, que cada unidad territorial de envergadura solía poseer en lo primordial dos cabeceras políticas; la de los mexicas no fue una excepción, el núcleo de lo que fue un gran imperio, contaba con dos centros religiosos, políticos y económicos: México-Tenochtitlan y México-Tlatelolco (cuyo año de fundación más

reconocido es 1337); sin embargo, el eventual predominio político-militar de la primera terminará con la autonomía tlatelolca hacia 1473; su destacada actividad comercial, desarrollada mano a mano del militarismo tenochca, ha sido ampliamente comentada por Isabel Bueno (2005).

Si bien los historiadores todavía discuten hasta qué punto el relato mexica sobre la selección del sitio de su capital es leyenda y hasta qué punto es verídico, es mayor nuestro interés por destacar las ventajas estratégicas del área seleccionada. Podemos comenzar diciendo que los habitantes de los islotes de Tenochtitlan y Tlatelolco tenían, en su insularidad, una ventaja ante la elevada competencia territorial que había en el México central y meridional hacia mediados del milenio pasado. En una primera instancia, además de estar más protegidos, aseguraban un sustento a pesar de no tener acceso abundante al máspreciado de los alimentos: el maíz. La rica fauna y flora del lago denotaba fertilidad y el ambiente de los pantanos contenía en sí buena cantidad de mantenimientos que ayudaron a llevar una vida sedentaria. Al parecer, muy pronto trataron de convertir estos islotes en sitios mucho más aptos para el desarrollo del *altepetl*. Para ello intercambiaron productos lacustres por madera y piedra (Lombardo 1972: 127). Asimismo, no tardaron en obtener un lugar en el universo étnico y político de la cuenca de México al ganarse el favor de los linajes de la ciudad más prestigiosa: la tolteca Culhuacan. En este intento por salir y tener presencia más allá de la ribera, los mexica tenían la ventaja de haberse localizado, prácticamente, al centro del sistema lacustre. Pensemos que en un mundo carente de bestias de carga, el transporte acuático facilitaba la conducción de bienes.

Situados como estaban en el vaso más bajo y salobre de la cuenca, el abastecimiento de agua dulce sería un problema. Pero también sabemos que, aún siendo sujetos de Azcapotzalco, improvisaron un caño desde Chapultepec, y en cuanto lograron su emancipación, una de sus primeras labores, fue la de construir un acueducto en forma (Palerm 1990: 299). El sagrado líquido provenía de diversas fuentes con cualidades distintas; el aprovisionamiento de agua por su importancia económica y política; la captación de los manantiales se realizaba fuera del territorio integral de México-Tenochtitlan, en lo primordial puntos dentro de la nación tepaneca. Uno de los relatos más curiosos dentro de la narrativa mexica es el de la inundación de la ciudad al haberse captado el manantial de Acuecoxco, crónica en la que la soberbia del rey Ahuizotl fue castigada con la destrucción de la ciudad y su eventual muerte, por causa de las heridas recibidas ante el incontenible caudal del mencionado manantial (Durán 1867: 382-385), terrible lección que amén de otras metáforas, nos habla de lo terrible que podía resultar el ser avaricioso con el líquido proveedor de vida.

Los pies de monte y las serranías no sólo proveían el agua, sino albergaban también mantenimientos muy preciados: semillas, hierbas comestibles, leña, y plantas medicinales, animales del monte así como piedra y tierra utilizadas para la construcción: montañas a las que a su importancia económica antecede la propia construcción del ideal urbano mesoamericano, en el que los cerros son indispensables para situar al centro urbano en armonía con el universo que lo contiene. En el caso concreto de los mexica, su divinidad primordial, Huitzilopochtli, asociada al Sol y al rumbo del sur, era reverenciada, a lo largo del año, de acuerdo a la posición que guardaba el astro con respecto a las elevaciones más eminentes. Esta observación del movimiento aparente del Sol les permitía fijar su calendario. En la opinión del arqueoastrónomo Jesús Galindo (2001:34-35) otra prueba de que Tenochtitlan se vincula con el relieve que le circunda es precisamente la orientación del Templo Mayor, cuya dirección este-oeste fue establecida premeditadamente para asegurar una altitud similar en ambos horizontes. Por si fuera poco, las montañas y el lago recordaban el origen mítico de los aztecas emigrantes del paisaje primordial que ya hemos descrito (Aztlan-Culhuacan-Chicomoztoc) y que era muy semejante al de la cuenca de México.

Sin embargo, es probable que unos de estos cerros fuesen más significativos que otros. Al fundar el *altepetl* de México-Tenochtitlan, los líderes mexicas se encaramaron seguramente a algún peñasco que sobresaliese en el lago y dispararon flechas hacia los cuatro rumbos del

cosmos para fijar así sus límites territoriales (García Zambrano 1992: 239-296; 2006). Tras ese evento, su dios Huitzilopochtli se retiró al cerro de Zacatepetl situado al suroeste de la cuenca de México. Por ser la morada de esta divinidad, el Zacatepetl adquiere entonces una jerarquía superior. Además, este cerro fue utilizado como un observatorio pues desde su cima podían registrarse los eventos calendáricos tanto en el horizonte oriental como en el occidental (Broda 2001:173-199). Lo mismo pasa con el cerro Tlaloc ubicado en el límite este de la cuenca. Tlaloc –como hemos dicho– es también un dios asociado al agua. En la cima de ambos cerros, los mexica levantaron importantes templos de adoración (Broda *et al.* 2001: 165-170). El conjunto de estas características ayuda a entender por qué este fue el lugar seleccionado por los mexica y en buena medida también ayuda a comprender el carácter sagrado tanto de las montañas como del agua que provenía de ellas.

Adicionalmente, otros cerros adquirieron un carácter particular debido a sus propiedades tanto topográficas como astronómicas. Entre ellos destacan el Tepetzinco (Peñón de los Baños), el Tepeyac (en la Sierra de Guadalupe), el Huixachtecatl (Cerro de la Estrella), y el Chapultepec (Chapultépec), además de los dos grandes volcanes de la Sierra Nevada: el Popocatepetl y el Iztaccihuatl (Broda 1991: 447-500). A lo largo del año, los mexicas celebraban diversos acontecimientos en esas elevaciones.

Como se ve, los cerros están indisolublemente ligados al *altepetl*, es decir, a la ciudad; son parte de ella y no sólo un paisaje de fondo. Quizá la mejor prueba de esta asociación es la construcción de la gran pirámide del Templo Mayor en el centro de Tenochtitlan, considerada como una montaña hecha a mano en cuya cima se establecieron dos adoratorios: uno dedicado precisamente a Huitzilopochtli (el Sol, la guerra, la muerte) y otro a Tlaloc (el agua, la fertilidad, la vida). Estos templos son una especie de réplicas de los montes donde residen aquellos dioses. Las piedras con las que están contruidos, provienen del entorno montañoso de la cuenca; es decir, son material sagrado como las montañas mismas.

Así pues, la observación sistemática de la naturaleza condicionó la fundación y construcción de México-Tenochtitlan. En rigor, no se puede decir lo mismo de la Ciudad de México cuya fundación y desarrollo obedecieron a otro tipo de premisas, algunas meditadas de manera inmediata, como fue la decisión de Hernán Cortés de mantenerla como capital, ponderando en lo primordial su facilidad defensiva y el ser el núcleo de rutas comerciales y tributarias ya establecidas.

La fundación y la definición de la Ciudad de México

La fundación de la ciudad española hacia 1524, no tiene semejanza alguna con los ritos mesoamericanos. La guerra llevada a cabo por los conquistadores contra los mexica destruyó en gran medida la antigua Tenochtitlan y obligó a los perdedores, humillados y sometidos, a levantar una nueva ciudad para establecer la capital de la Nueva España. En este caso, los ritos se redujeron a las órdenes administrativas de la Corona Española y a la religión católica que profesaban los conquistadores.

La defensa de la nueva capital, como ya se mencionó, fue una de las preocupaciones primordiales de los europeos, ante la latente amenaza de una rebelión indígena, razón por la cual eligieron el mismo sitio insular. También se preocuparon del abasto tanto de agua como de víveres y para ello mantuvieron y mejoraron el acueducto que venía de Chapultepec y eventualmente traerían el agua de cotas más altas a través de las atarjeas de Santa Fe. Además, el mantener la capital en el mismo sitio, coadyuvaba a que se asegurase el tributo (comida, prendas de vestir, piedras y metales preciosos, etc.) que tradicionalmente llegaba a México-Tenochtitlan otorgado por los pueblos sojuzgados por los mexicas, siguiera llegando a la nueva capital española. Por último, se encargaron de construir una ciudad desde la que pudieran dirigir la evangelización de los indios, recabar el tributo y planear la conquista del

resto del territorio mesoamericano. Eso explica la proliferación de iglesias, capillas, parroquias, monasterios, conventos, colegios y hospitales religiosos que se construyeron en ella durante la época colonial (Fig. 1).

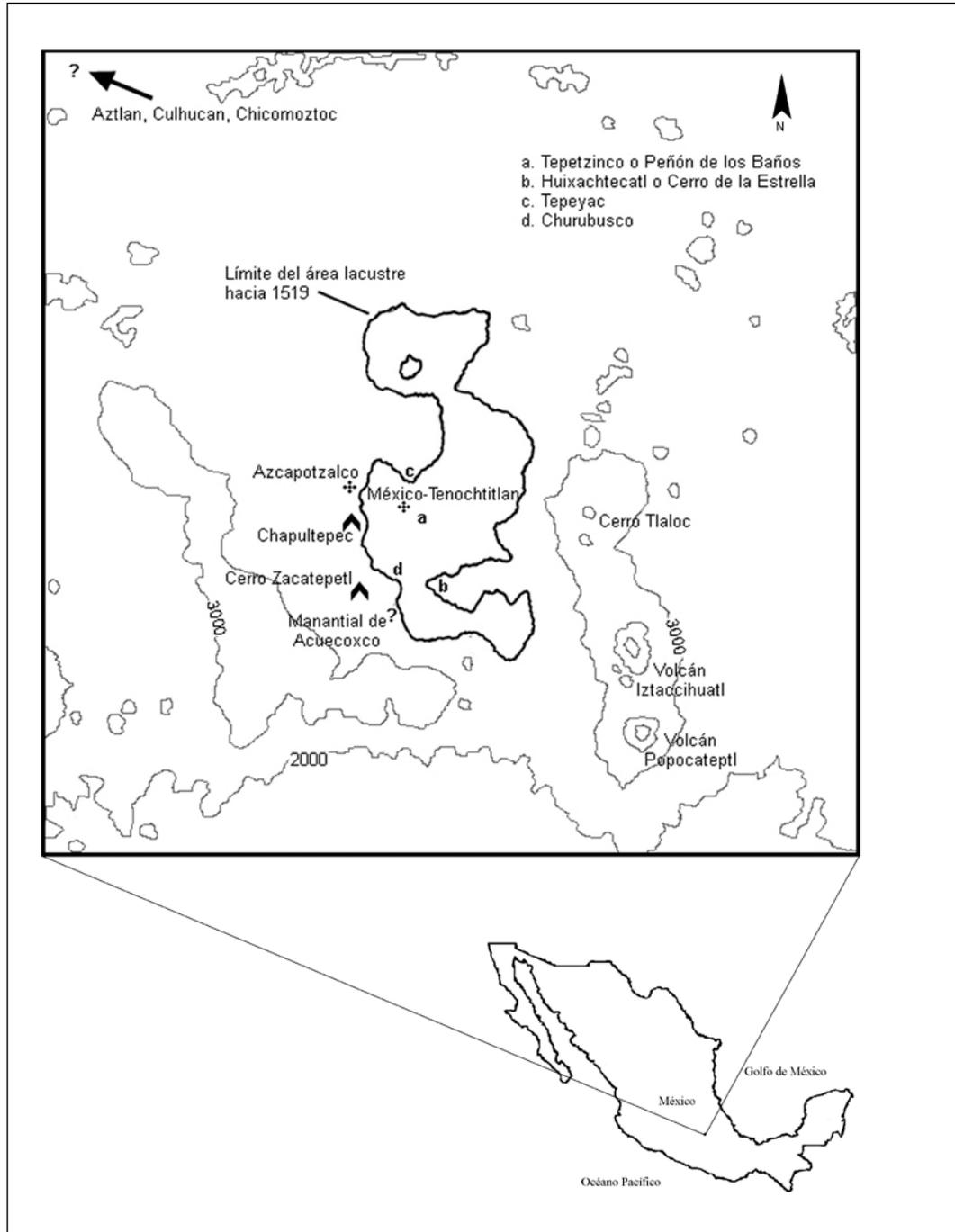


Figura 1

Esta ciudad fue trazada geoméricamente con base en el uso de estacas y cordeles que partían de una plaza central y que delineaban las manzanas cuadrangulares y los solares que serían repartidos a los conquistadores. Esta traza tuvo trece manzanas rectangulares de norte a sur y seis de este a oeste (Toussaint 1956: 5-23). En la plaza se asentaron los poderes políticos, económicos y religiosos y con el tiempo llegaron a construirse importantes edificios consagrados a dichos poderes: la Catedral Metropolitana, el Palacio Virreinal, el Ayuntamiento, los portales de mercaderes y más tarde el Parián. La expansión paulatina de la ciudad pudo así llevarse a cabo en orden geométrico desde el principio, siempre sujeta a los primeros trazos que más tarde se ratificarían con las ordenanzas de 1573 relativas a la manera en que debían de ser establecidas las ciudades (Fernández y Urquijo 2006).

En los alrededores inmediatos de esta ciudad casi cuadrada se asentaron de nuevo los antiguos pobladores indígenas formando los mismos cuatro barrios que tenían en tiempos anteriores a la conquista, con la salvedad de que ahora estos cuatro barrios ya no eran centrales sino periféricos. Los callejones que formaron estos suburbios no tenían forma regular y por lo general eran sinuosos y estrechos. Los cuatro barrios adquirieron desde entonces nombres mixtos producto del apelativo náhuatl y el nuevo apelativo cristiano: al Sureste San Pablo Teopan, al Noreste San Sebastián Atzacualco, al Noroeste Santa María Cuepopan y al Suroeste San Juan Moyotla, los cuales mantuvieron en la medida de sus posibilidades un carácter palustre, bajo un panorama que se resume en los siguientes cuatro puntos: a) intromisión de las aguas salobres a través de los boquetes producidos en los diques por los conquistadores, por la desidia en el mantenimiento de los mismos o por la utilización de su piedra en otras obras, b) la desaparición del sistema de chinampas en buena parte de esta zona, ya fuesen transformadas en huertas o simplemente abandonadas, c) el elevado y súbito azolve, provocado por la rotura de suelos con técnicas europeas, en las inmediaciones occidental y meridional, d) los cambios hidrográficos debidos a la desviación de algunos cursos, con el fin de ser adaptados a las nuevas necesidades agrícolas, como fuerza de trabajo en molinos y batanes o para el abastecimiento de agua para la capital (Garza, op. cit: 215).

Así, la capital de la Nueva España fue una ciudad compuesta de una traza central regular habitada por españoles y sus sirvientes, y una periferia irregular en la que moraban principalmente los indios. Las calles rectas de la traza se veían a veces truncadas por los canales que habían usado los mexicas para transportar sus bienes y mercancías desde los pueblos ribereños. Al respecto, el mapa de Uppsala es una de las mejores fuentes para comprobar la cantidad de acequias que seguían surcando el casco urbano hacia la década de 1550 en que fue dibujado. Los españoles, muy poco familiarizados con ciudades lacustres y con el manejo de canales como vías de tránsito local, toleraron por décadas el uso de algunas acequias para que las trajineras pudieran abastecer los mercados por estas estrechas rutas de navegación urbana. Sin embargo, al mismo tiempo comenzaron a planear la manera de luchar contra las aguas que penetraban por los canales a la ciudad. Durante tres siglos intentaron expulsar el contenido de los lagos hacia afuera de la cuenca y para ello hicieron, infructuosamente, tajos y túneles (Gurría Lacroix 1978).

Respecto de los montes que circundaban a la ciudad, los conquistadores no pusieron demasiada atención, al menos no de la manera ritual en que los mexicas habían estado relacionados con esa orografía. De hecho, por generaciones los españoles persiguieron y castigaron el culto indígena que todavía se llevaba a cabo en las cuevas de esas montañas y en las cimas de lo que eran sus cerros sagrados. La excepción fue quizá el Tepeyac, en donde, como veremos, el culto a Tonantzin se transformó en popular el culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

Como se observa, la definición de la ciudad cambia con la segunda fundación. La orografía, la hidrografía y la astronomía no tuvieron el carácter ritual que anteriormente condicionaba el urbanismo entre los mexicas. La refundación de los españoles fue más bien un acto de pragmatismo político y militar. Acaso lo que no debemos olvidar de esa segunda fundación es la impecable traza reticular, las acequias que los españoles decidieron conservar y la gran plaza central.

Devenir del *altepetl* y el estado de los cerros en el mapa de Uppsala.

La traza original de la Ciudad de México realizada en 1524 permaneció prácticamente intacta a lo largo de toda la época colonial. La única pérdida es la de muchos de los canales navegables que fueron segados y convertidos en calles comunes y corrientes. Respecto de la arquitectura original del siglo XVI, las necesidades y las modas fueron sustituyendo unos inmuebles por otros de estilo diferente. La gran renovación de los siglos XVII y XVIII consistió en levantar edificios barrocos que años después tendrían que alternar con los de estilo neoclásico. Pocas fueron las casas de los años posteriores a la conquista que se conservaron, ya por deterioro, ya por demolición planeada. Todavía podemos ver algunas de esas construcciones o parte de ellas en las proximidades de la Plaza Mayor, hoy llamada comúnmente Zócalo.

Sin embargo, del *altepetl* de México-Tenochtitlan quedó aún menos. Si bien parece que el momento inmediatamente posterior a la conquista fue un tiempo de admiración y que varios de los templos no fueron destruidos como se pensaba, lo cierto es que toda esa ciudad representaba, para los conquistadores, las creencias y supersticiones de los vencidos. Esto hizo que no hubiera consideración para echarla abajo. Con el paso del tiempo se fue borrando la apariencia de la urbe tenochca hasta desaparecer bajo las nuevas construcciones occidentales, incluido el elevado Templo Mayor en cuya cúspide habían estado los adoratorios de Tlaloc y Huitzilopochtli. Como algunos historiadores han propuesto, mucha de la piedra de estos edificios prehispánicos sirvió para levantar los nuevos, tal obtención de material pétreo llegó a tal grado que incluso se convirtió en producto tributario, tal y como le aconteció a la antigua ciudad de Churubusco, diez kilómetros al sur del primer cuadro de la Ciudad de México, convertido en un villorrio para principios del siglo XVII, corría peligro de anegarse permanentemente debido a los inmensos huecos que dejaba el retiro de los montículos: "...han hallado del dicho su pueblo, piedra para las obras publicas de esta ciudad y la sacaban de las casas y edificios viejos que, en él había...haberse acabado los dichos edificios y estar el dicho pueblo anegado y no tener de donde sacarla..." (AGN, Indios, 1618: vol.7, exp.320).

Hasta aquí se ha señalado la pérdida de esa urbe que fue la capital del imperio mexica. Hoy en día, los arqueólogos han logrado excavar y sacar al sol muchas de las evidencias que nos permiten reconstruir el centro ceremonial de Tenochtitlan (Matos Moctezuma 1999). No obstante, lo que no es posible hallar entre las ruinas, es la definición de *altepetl* en su connotación geográfica. Recordemos que el *altepetl* era también el horizonte montañoso y el agua que desde ese horizonte llegaba al lago. Ya hemos dicho que el agua, tan apreciada por los indios, se convirtió en amenaza para la ciudad española y que en esa lógica se le trató de controlar, de reencauzar y de expulsar de la cuenca, tarea que por cierto no se completó sino hasta el siglo XX. Veamos ahora qué fue de las principales montañas (Figura 2).



Figura 2. Mapa de Uppsala

El cerro de Zacatepetl ha sido completamente olvidado como centro de observación y en sus faldas se han construido fraccionamientos habitacionales y centros comerciales. De las ruinas arqueológicas que quedan, sólo se distinguen dos montículos de tierra y piedra que han servido para ocultarlas evitando así mayor saqueo y el deterioro natural. Podemos suponer que la pérdida de importancia del Zacatepetl es muy temprana debido a que no hay referencia alguna en el plano de Uppsala ni tampoco los estudiosos del documento lo consignan, aunque nosotros sí lo hemos ubicado en el lugar donde posiblemente fue plasmado (A). El cerro Tlaloc, por su parte, permanece marginado y desatendido como sitio arqueológico en parte debido a su altitud. Su pirámide en la cima es de difícil acceso y no hay infraestructura para cuidarla ni para explotarla como centro cultural y turístico. En el plano se halla en la parte inferior señalado por “una cabeza de indio” representando “la imagen del dios Tlaloc” (B). Otros cerros con características sagradas han sido devorados por la urbanización; tal es el caso del Peñón de los Baños, vecino al aeropuerto internacional de la Ciudad de México, o el Cerro de la Estrella: el primero de los dos se halla cercado y protegido por instalaciones militares (C), y el segundo posee un pequeño museo pero en realidad también ha sido ignorado pese a haber sido el sitio donde los mexicas celebraban el “atado de años” o siglo de 52 traslaciones solares (D). Es importante decir que la represión del vínculo de los indios con sus cerros a lo largo de la época colonial y aún hoy, tuvo una excepción: el Tepeyac.

Ubicado al norte de la ciudad, el cerro del Tepeyac fue tolerado como monte de peregrinación debido al culto que ahí se instaló desde 1531 hacia Nuestra Señora de Guadalupe (De la Torre Villar y Navarro 1999). En este sentido, este fue el único monte que incrementó su importancia en tiempos coloniales. Como se sabe, la aparición de la Virgen es tenido como un dogma de la fe católica de los mexicanos. Esta excepción y la devoción de los primeros mestizos por este dogma, nos permite entender la fuerza que tenía antes de la conquista el vínculo entre los cerros y el casco urbano. En el mapa del siglo XVI aparece en la orilla septentrional del lago (E). En el desarrollo de una identidad criolla, y una mestiza, el culto guadalupano jugó un papel fundamental, primordialmente a partir del siglo XVIII.

Caso distinto es el de Chapultepec, cerro preservado como parte del parque urbano más antiguo y extenso de la Ciudad de México, sede de un palacio emblemático, que por estar situado en su cima recibe el título de 'castillo', integrado inmediatamente a la urbe virreinal, perdió desde muy temprano sus vínculos sagrados con la población de la ciudad: el abastecimiento de agua y la pronta apropiación europea de su cima explican la rápida transformación de su significado y peso en el ideario indígena. En el plano de Uppsala, se ve todavía en su cima la ermita de San Miguel hacia la que se asciende por una escalinata y el acueducto de origen prehispánico, renovado por los españoles. Dicho acueducto desciende del cerro, se dirige hacia el norte (a la derecha del plano) y tuerce hacia el oriente para adentrarse en la ciudad (F). Aun se conservan petroglifos y ruinas arqueológicas al pie del cerro pero no se les ha dado el valor que se debe.

Otros puntos dentro de la cuenca de México tienen o tuvieron vestigios de tiempos prehispánicos y se les ha visto siempre como ruinas aisladas, como sitios históricos menores, sin reparar que se trata en realidad de un sistema urbano complejo que componía el *altepetl* de México-Tenochtitlan.

Conclusión

Pensar en que una ciudad pueda quedar definida por los cerros que se levantan en el horizonte y por los lejanos cursos de agua que terminan por atravesarla, resultó por mucho tiempo una idea extraña. Para los estudiosos del urbanismo, la ciudad era sobre todo la mancha urbana. Durante un buen trecho del siglo XX, la ciudad se diferenció teórica y metodológicamente de su entorno mediante la oposición de "lo urbano" vs. "lo rural". Esta dualidad espacial no contribuye a comprender el fenómeno de la ciudad en toda su complejidad y es por eso por lo que ahora se estudia de manera más integrada. Hoy se habla más de la escala urbano-regional y no se desecha ningún aspecto que tenga que ver con el abasto o la subsistencia de la ciudad mediante productos que tradicionalmente vienen del campo (Delgado *et al.* 1999).

Esta aproximación coincide cada vez más con el enfoque de la geografía cultural que tampoco puede sustraerse a la existencia de una periferia integrada al casco urbano y a su ambiente fisiográfico. Recordemos que la *civitas* de nuestra tradición occidental se define como una institución formada por ciudadanos más que por un conjunto de edificaciones y que no se circunscribe a "lo urbano" sino también toma en cuenta la porción "rural" que hace funcionar a la urbe. Más aún, este enfoque nos permite comprender de una manera más precisa el viejo concepto de *altepetl* mesoamericano y nos puede servir también para planear mejor los programas de rescate y conservación del patrimonio.

En este trabajo hemos visto cómo las dos ciudades del siglo XVI se oponen en su definición territorial. De hecho, la gran ruptura conceptual se dio inmediatamente después de la conquista. La noción de ciudad empezó entonces a reducirse exclusivamente al ámbito de lo construido dejando de lado los aspectos políticos, administrativos, estéticos y religiosos. Por eso podemos afirmar que, a pesar de haber estado superpuestas en el mismo sitio, el *altepetl*

de México-Tenochtitlan de 1521 y la Ciudad de México de 1524, son dos entidades político-territoriales de difícil homologación. Por último, cabe recalcar, que dicha diferenciación, que en primera instancia hizo más vulnerable con respecto a su entorno a la ciudad entendida cristianamente, ha dictado las pautas de manejo del medio que a la fecha predominan, en la que la desecación y el desalojo de las aguas han sido una constante, y las prácticas que busquen almacenarla en grandes volúmenes una excepción.

Fuentes documentales

Archivo General de la Nación (AGN), ramo de Indios, año de 1618: Vol.7, exp. 320.

Referencias

- Aguilera, C. y León Portilla, M. 1986. *Mapa de México Tenochtitlan y sus contornos c.1550*. México, Celanese Mexicana.
- Bernal García, M. 2001. The Life and Bounty of the Mesoamerican sacred mountain. En John Grim, ed., *Indigenous Traditions and Ecology* (Harvard University Press): 325-349.
- Broda, J. 1991. Los cerros sagrados de la Cuenca de México en el Sistema de ordenamiento del espacio y de la planeación de los poblados. En *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica* (México, UNAM): 447-500.
- Broda, J.; Iwaniszewski, S.; y Montero, A., coordinadores. 2001. *La montaña en el paisaje ritual*. México, CONACULTA-INAH.
- Bueno, I. 2005. Tlatelolco: la gemela en la sobra. *Revista Española de Antropología*, vol. 35: 133-148.
- Castillo, Cristóbal del. 2001. *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la conquista*. México, CONACULTA.
- Carrasco, Pedro. 1996. *Estructura político-territorial del Imperio Tenochca. La triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*. México, El Colegio de México, FCE.
- Delgado, J.; Larralde, A.; y Anzaldo, C. 1999. La corona regional de la Ciudad de México. Primer anillo exterior en formación. En Delgado, J. y B. Ramírez, coords. *Transiciones. La nueva formación territorial de la Ciudad de México*. México, UAM, Plaza y Valdés Editores.
- Durán, Fray D. 1867. *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*. México, Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante.
- Fernández Christlieb, F. y García Zambrano, A.J., coordinadores. 2006. *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica/Instituto de Geografía, UNAM.
- Fernández Christlieb, F. y Urquijo Torres, P.S. 2006. Los espacios del pueblo de indios tras el proceso de Congregación 1550-1625. En *Investigaciones Geográficas*, Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM, n°60: 145-158.
- Galindo Trejo, J. 200. La observación celeste en el pensamiento prehispánico. *Arqueología mexicana*, 3 (47): 29-35.
- García Zambrano, A. 1992. El poblamiento de México en la época de contacto. *Mesoamérica*, 24: 239-296.

- García Zambrano, A.J. 2006. *Paisaje mítico y paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Garza Merodio, G. 2000. Evolución del paisaje en la Cuenca de México bajo la dominación española, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- Gurría Lacroix, J. 1978. *El desagüe del valle de México durante la época novohispana*. México, UNAM.
- Heiden, D. 1998. *México, orígenes de un símbolo*. México, CNCA/INAH, pp. 43-62.
- Licate, Jack A. 1980. The forms of Aztec territorial organization. *Geoscience and man*, XXI (163): 27-45.
- Lockhart, J. 1999. *Los nahuas después de la conquista*. México, FCE.
- Lombardo de Ruíz, S. 1972. El desarrollo urbano de México-Tenochtitlan. *Historia Mexicana*, 22: 121-141.
- López Austin, A. 1994. *El conejo en la cara de la Luna*. México, INI/CNCA, pp. 59-68.
- Matos Moctezuma, E. 1999. *Excavaciones en la catedral y el sagrario metropolitano, programa de arqueología urbana*. México, INAH.
- Palerm, A. 1990. *Ensayo sobre evolución y ecología*. México, CNCA.
- Romero, J. R. 1999. La ciudad de México, los paradigmas de dos fundaciones. En *Estudios de Historia Novohispana* (México, UNAM): 13-32.
- Torre Villar de la, E. y Navarro, Ramiro. 1992. *Testimonios históricos guadalupanos*. México, FCE.
- Toussaint, M. 1956. Introducción. En *Información de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la Ciudad de México* (México, IIE-UNAM): 5-23.

Abstract

After the conquest, Mexico City was founded as the capital of New Spain over the ruins of the main indigenous urban center: Mexico-Tenochtitlan. Despite this political and topographic coincidence, these two cities defined their territories differently. Spaniards viewed Mexico City as an urban ensemble while the indigenous definition took into account some of the landscape's features and rural surroundings, particularly some mountains. In this article, we approach these differences by analyzing the importance of these mountains for the Aztecs using the Uppsala map that was painted by mid 16th century.

Key words: culture – territory – urbanism – Tenochtitlan – Mexico City – 16th century.

Forma de citar este artículo:

Suggested citation

Fernández Christlieb, Federico, y Garza Merodio, Gustavo. 2011. Cultura y territorialidad en la ocupación de un mismo espacio: México-Tenochtitlan y la Ciudad de México en el siglo XVI. *GeoTrópico*, 5 (2), Artículo 4: 53-64. Online, acceso [insertar aquí fecha de descarga]: http://www.geotropico.org/NS_5_2_Fernandez-Garza.pdf

Correspondencia:

Dr. Federico Fernández Christlieb
Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
Ciudad de México, México
fedfer@servidor.unam.mx



GRUPO GEOLAT – BOGOTÁ

Editor
HÉCTOR F. RUCINQUE, Ph.D.



Licenciado para uso personal gratuito bajo la *Creative Commons Attribution – Noncommercial – No Derivative Works 2.5 Colombia license*, especificada en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Licensed for free use under the *Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 2.5 Colombia license*, available at: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>